

# HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



## Voces de Barranquilla

Ramón Illán Bacca\*

### EL VILLORRIO (1879-1900)

Como podrá corroborarlo el lector, *Voces* fue una de las mejores revistas culturales hechas en Latinoamérica en la segunda década del siglo XX. ¿Qué hizo posible que en este punto del continente surgiera esta revista?

Barranquilla era para finales del siglo XIX algo más que un villorrio.

Las miradas de los viajeros respecto de la ciudad eran diversas. Por ejemplo, Miguel Cané, diplomático argentino, en sus memorias de viaje escritas en 1881 nos dice que el manzanillo que vio en el trayecto de Salgar a Barranquilla le recordó el aria “O Paradiso” de la *Africana* de Meyerbeer. Habla además de su temperatura insostenible y asegura que desde las nueve de la mañana no se ven en las calles del lugar sino perros y alguno que otro francés que con su presencia ayuda a sostener el apodo de “las salamandras” con que se les ha bautizado. Desde que pisó las costas de Colombia comprendió la anomalía de haberse concentrado la civilización nacional en las altiplanicies andinas a trescientas millas

\*Nació en Santa Marta. Abogado de la Universidad Libre, Bogotá. Periodista y autor de varios libros de cuentos y novelas, ha sido traducido al francés, alemán y eslo-vaco. Profesor de literatura de la Universidad del Norte.

del mar. La raza europea —concluye— necesita tiempo para aclimatarse a las orillas del Magdalena, en las riberas que bañan el Caribe y el Pacífico.<sup>1</sup>

“Quelle horrible cuisine” es el único comentario que le merece Barranquilla a otro viajero francés, M. J. Creveaux, en el mismo año.

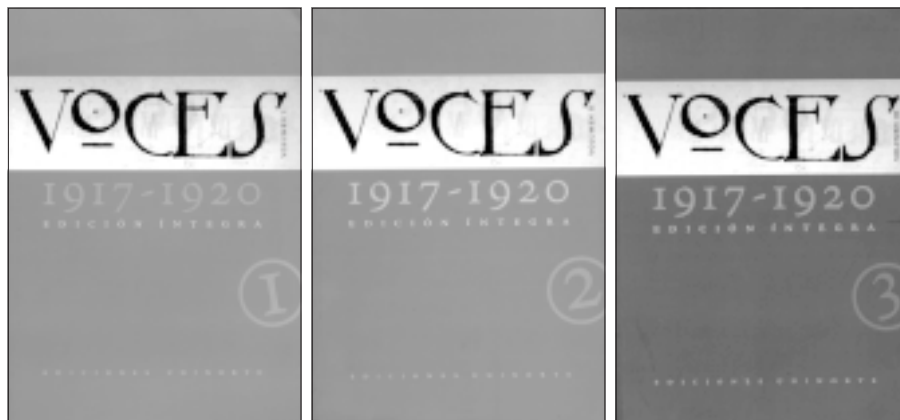
No sabemos cuáles fueron las impresiones culinarias de Fernando Lesseps al llegar a Barranquilla en diciembre de 1879; pero, en cambio, en la crónica de ese evento, hecha por el presbítero Pedro María Revollo, se da la primera noticia sobre el mundillo literario de “la Arenosa”.<sup>2</sup>

El censo arrojaba una población alrededor de quince mil habitantes.

El anfitrión del banquete —para el cual horas antes se había remplazado al alcalde mulato por un comerciante blanco que hablaba un francés elemental— fue David López-Penha. Éste, un judío sefardita procedente de Curazao, rápidamente se había constituido en una de las más importantes personalidades del comercio local y también en una figura cultural,

como lo demuestra la traducción que hizo de *Los genios* de Víctor Hugo, publicada por la Imprenta Americana de Barranquilla en 1880.

También asistió al banquete Joaquín Pablo Posada,



un poeta cartagenero del género repentista que no vaciló en lanzar su improvisación:

*El que Colombia aguardó  
anhelante aquí está.  
Él ha dicho que será  
y con sus potentes brazos  
hará saltar en pedazos  
al istmo de Panamá.*<sup>3</sup>

Otros —que en el futuro escribirían, entre ellos Torcuato Ortega Palacio, José Ramón Vergara y el propio cronista— estaban afuera, en calidad de jóvenes curiosos, subidos a la ventana del Hotel San Nicolás.

Todos trabajaron en el precario mundo cultural de entonces. Vergara en colaboración con Fernando E. Baena escribió en 1922 *Barranquilla: su pasado y su presente*, fuente necesaria para los historiadores a falta de otras obras. Torcuato Ortega, muerto muy joven, publicó *Treinta sonetos*, sin gran valor poético. Ernesto Palacio llegó a ser secretario de Rafael Núñez y se convirtió en un censor de prensa muy acucioso, e incluso llegó al extremo de censurar la literatura que no seguía las orientaciones del orden tradicional. Orden muy claramente establecida en un decreto de 1894, que en uno de sus apartes decía: “que la lectura de novelas en general no es conveniente para los jóvenes, que lo es menos la de aquellos que pertenecen a la moderna escuela naturalista y que las pornográficas no deben ponerse jamás en manos de la juventud.”<sup>4</sup>

Miguel Antonio Caro lo había subrayado al escribir: “No aceptamos como poesía verdadera... sino lo que se confunda con la religión, aspirando a lo infinito en cualquier forma.”<sup>5</sup>

Aunque no estuvo mirando por la ventana en el banquete ofrecido en honor de Lesseps, un caso singular lo constituye Abraham Zacarías López-Penha, hermano de David. Era poeta y novelista, corresponsal de Rubén Darío y Max Nordeau, director del periódico *El Siglo*, dueño de la Librería Popular, la única de la ciudad, y el Salón Universal, uno de los primeros cinematógrafos, y fundador de una de las



Ramón Vinyes, Barcelona, 1908.  
(Todas las ilustraciones de este dossier  
fueron tomadas del *Álbum Vinyes 2002*.)

primeras distribuidoras de cine del país. También era teósofo y autor de la novela costumbrista *Camila Sánchez* (1897) y de la esotérica *La desposada de una sombra* (1903). En la enciclopedia Espasa-Calpe<sup>6</sup> se le considera como uno de los primeros cultores del modernismo en América. Publicó también varios libros de versos, entre ellos *Varios a varios*, un poemario en compañía del cartagenero Luis Carlos “el Tuerto” López, un poeta calificado de anti-modernista, y Manuel Cervera, otro poeta local, clasificado de romántico. El epígrafe decía: “El odio provinciano a todo lo que descuella sobre lo corriente y lo vulgar es una actitud de defensa, una de las formas en que comúnmente se traduce el instinto de conservación en las bestias-brutas que componen toda mayoría compacta.”<sup>7</sup>

Palacio y López-Penha alcanzaron alguna proyección internacional; lo demuestra la carta de José Asunción Silva a Baldomero Sanín Cano en la que se quejaba de la difusión que les daba la prensa venezolana. Sin embargo, en su libro *Breve historia del modernismo* Max Henríquez Ureña califica a López-Penha como “poeta de poco vuelo.”

Había también un pequeño pero selecto público lector. Así, el cónsul norteamericano Elías Pellet, tipógrafo de profesión y fundador de la Imprenta Americana, editó el *Shipping List*, un periódico mensual cuyo tiraje era de trescientos ejemplares, de los cuales cien se distribuían en la ciudad y el resto se enviaba a Norteamérica y a Inglaterra en forma de suscripciones para los comerciantes y para los interesados en las estadísticas. Esta publicación también incluía noticias culturales, como la reseña de los libros que leía Don Elías. Así mismo, eran frecuentes las referencias a las notas culturales de *Review of Reviews* de Londres y al *Literary Digest* de Nueva York.

En el *Shipping List* se publicó por primera vez el poema “The Muddy Magdalene” (“El revuelto Magdalena”), escrito por el norteamericano H. G.

Summer, un capitán y propietario de algunos vapores fluviales. La traducción que hizo Rafael Pombo de esos versos no se cuenta entre lo mejor de su producción, y tal vez consciente de ello, el poeta no lo incluyó en sus traducciones poéticas. La que sí lo incluyó fue la viajera Rosa Garniege Williams en su curioso libro *A Year in the Andes or Lady's Adventures*.

Don Elías, que amaba la cultura griega, le escribió al primer ministro inglés de la época, W. Gladstone, para solicitarle su libro *Estudio sobre Homero y la época homérica*. El político inglés le contestó que no lo tenía y temía hubiera desaparecido del mercado.<sup>8</sup>

Por todo lo anterior, se podría conjeturar que el villorrio tenía en su clase dirigente buenos lectores, pero sin la disciplina y continuidad que hubiera dado la presencia de una universidad, lo cual sólo será posible más de medio siglo después.

Una de las pocas figuras relevantes de ese momento, otro buen lector y que dejó obra tras de sí, fue Julio H. Palacio, de quien se han recogido sus artículos y publicado en distintas ediciones sus memorias. Era un político y personaje pintoresco de quien la tradición oral cuenta que se definía asimismo como “un áulico del poder.” También es famosa su respuesta al general Uribe Uribe cuando al reclamarle la ponencia a presentar en la Tercera Conferencia Panamericana en Río de Janeiro le respondió: “General, yo no estoy aquí para prestar servicios sino por servicios prestados.”

Pero Palacio era pesimista sobre el medio cuando en su periódico *El Rigolletto* afirmaba:

*No se lee en Barranquilla ni se escribe tampoco... los pocos que pueden escribir algo no escriben porque están seguros de no ser leídos, ni comprendidos, les causa además escalofríos pensar que en las provincias persigue una muerte negra a los que llama la burguesía despreciativa e irónicamente literatos.*<sup>9</sup>

Su periódico fue sin embargo de los pocos que tenían suplemento literario. Éstos se podían contar con la mano. Estaba la *Revista Azul*, de A. Z. López-Penha, en la que señalaba las nuevas obras llegadas a su librería. También *Flores y Perlas*, de Fernando Baena, y la sección “Sábados Literarios” del periódico *El Progreso*, bajo la dirección de Wulfran Blanco. Predominaba en ellos las traducciones de autores franceses, y la producción poé-

tica mostraban una marcada influencia de Bartrina, Campoamor y Núñez de Arce. También había algunos solitarios intentos de crítica literaria por parte de Wulfran Blanco. La influencia modernista más clara era la del mexicano Salvador Díaz Mirón.

No hay que pensar que entre nuestros vates se manifestaban los elementos del decadentismo con letanías de la lujuria, voluptuosidad y muerte. No, lo que predominaba era las reuniones étlicas en el Café Roma, el nuevo centro de reunión en el entonces remodelado Paseo Colón y donde sobresalían los versos de la picaresca local, como los de Jorge Pombo a don Esteban Márquez, en ese momento el hombre más rico del lugar:

*Con un placer verdadero  
por don Esteban yo brindo  
y gran homenaje rindo  
al Creso barranquillero.  
El señor le dio dinero  
como glorias a Mompós,  
por lo que estoy con Dios  
altamente resentido,  
porque muy bien ha podido  
repartirlo entre los dos.*

En el tiempo del mundo (1900-1917)

En las memorias de Julio H. Palacio se menciona el paso por Barranquilla del escritor cubano Emilio Bobadilla, alias Fray Candil. Su paso, además del enfrentamiento con algún sector de la localidad —por un artículo en el que dijo la malsonante expresión de sentir en el buque en que paseaba “el olor de la carne fresca de mujer hermosa”—, tuvo también como efecto la novela *A fuego lento*, inspirada en Barranquilla (que aparece con el nombre de Ganga en la obra) y en la que se la describe como un lugar con una corona de gallinazos sobre la torre de la iglesia, sapos en las calles y políticos corruptos de nombres griegos y lectores de revistas francesas atrasadas.

En *Fraulein Emma*, otra novela de la misma época, del español Juan Servert, se nos cuenta, en el capítulo que transcurre en Barranquilla, cómo las actrices de la compañía sufrieron el asedio de los petimetres de la localidad, y las funciones fueron un éxito. También se anota el contraste de que al llegar a Bogotá se les negó el permiso para sus presentaciones por considerar el teatro de variedades pecaminoso.



A pesar de esas miradas bizcas, Barranquilla crecía. Ya para esos primeros años del siglo su población se calculaba en 45.000 habitantes y para finales de la primera guerra mundial era mayor. Theodore E. Nichols resume la situación al decir:

*Antes de finalizar el siglo, Barranquilla era indiscutiblemente el puerto más importante de Colombia, pasando en pocas décadas de ser un insignificante asentamiento ribereño a esta posición. Los factores políticos parecen no haber tenido mucha influencia. Las facciones iban y venían al igual que las revoluciones pero el crecimiento constante de Barranquilla escasamente se vio afectado.*<sup>10</sup>

A pesar de que Barranquilla presentaba —al igual que las demás ciudades del país— altos índices de analfabetismo<sup>10a\*</sup>, esto no fue obstáculo para que los poetas la calificaran de “la Nueva York de Colombia”, “la Nueva Barcelona”, “la Nueva Alejandría” y otras comparaciones.

Había varios cines, y las compañías de ópera italianas y las de teatro españolas se presentaban en la ciudad antes de emprender giras al interior del país. A veces, grupos de entusiastas —generalmente miembros de la alta sociedad— montaban obras de teatro, en su mayoría sainetes de los hermanos Quintero, para obras de caridad.

Son pocas las noticias en los diarios en las que se nos muestre al mundillo literario agrupado. Una de esas pocas oportunidades se produjo en el sepelio de Eduardo Ortega, jefe de redacción de *El Rigoletto*. Un número de este periódico dedicado a su memoria en noviembre de 1908 trae colaboraciones de Aurelio de Castro, Tomás Surí Salcedo, José F. Fuenmayor, Eparquio González, entre otros. O sea, políticos y periodistas. Algunos de ellos ocuparán puestos importantes. Por ejemplo, Surí Salcedo será ministro de hacienda y Eparquio González, un general vencedor en la guerra de los mil días, será gobernador del departamento del Atlántico. La única figura con obra literaria será José Félix Fuenmayor. Se reafirma en esta lista el criterio dominante de que el escribir agregaba méritos a los hombres de pro, pero no era un mérito en sí. La categoría de escritor era subsidiaria y la escritura una actividad al servicio de los políticos. Eso explica en parte la paradoja de los pocos escritores de oficio y la cantidad de periódicos en la primera década, que sumaban alrededor de veinte. También se daba el caso curioso de que a pesar de ser Barranquilla la capital liberal de la Costa, la

mayor parte de los periódicos y los más importantes eran de orientación conservadora. También los directores conservadores eran los de mayor prestigio literario y empresarial: Aurelio de Castro, Julio H. Palacio, Pedro Pastor Consuegra, Abel Carbonell y Miguel Goenaga. Hay que anotar que eran escasos los periodistas con títulos universitarios o estudios en el exterior.

¿Y la bohemia literaria? En alguna forma se agruparon en el homenaje al poeta antioqueño Porfirio Barba-Jacob en su paso por la ciudad en 1906. En ella estuvieron Lino Torregrosa, Hermes Cepeda, Leopoldo y Enrique de la Rosa, Miguel Rasch Isla y Tiberio Hormechea, lo que con alguna amplitud se podría definir como nuestra bohemia.<sup>11</sup> El Café Roma fue su lugar de encuentro, pero sin llegar a ser “la Cueva simbólica”.

Pero hacia ellos sí estaba apuntando el periódico *El Estandarte*, dirigido por el poeta de dura Musa Jorge N. Abello, y el sacerdote Pedro María Revollo, que los calificaba como “tribu de modernistas cuya filosofía es a beber, a beber y apurar las copas de licor.”

En el mismo periódico monseñor Revollo conjura otros males que siente están invadiendo la ciudad que crece: la masonería, el anarquismo, el espiritismo y el modernismo.<sup>12</sup> La masonería tenía logias desde 1840 y su importancia se puso de relieve con la construcción del Cementerio Universal en 1870, en el que, a diferencia de las demás ciudades de Colombia, se inhumó a hebreos, protestantes y católicos.<sup>13</sup>

El anarquismo era tan sólo un espejismo cuando monseñor Revollo en su columna “Perdigonadas” de *El Estandarte* acusó al joven poeta Leopoldo de la Rosa de ser un ácrata. Más adelante, en los años veinte, va a darse un movimiento en el sector obrero con esa tendencia, que tendrá su propio periódico, *Vía Libre*, en el que se anunciarán representaciones teatrales de autores anarquistas como Anselmo Lorenzo y Pietro Gori.

El espiritismo era una moda mundial que pasado su momento más culminante seguía, sin embargo, con muchos cultores en la ciudad, por lo general de las clases pudientes. Julio Gómez de Castro, que sería el primer director de *Voces*, escribía en el *Diario del Comercio*: “Estamos en el siglo veinte, en el de la teosofía y espiritismo con su rebaño allankardequiano.”<sup>14</sup>

Sobre el cultivo del gnosticismo, teosofismo, misticismo, cabalismo o alquimia sólo la tradición oral nos da el dato de la presencia de literatura oculista en la librería de López-Penha.

El modernismo (y se infiere que monseñor Revollo lo hace como una referencia al movimiento literario cuyo máximo exponente fue Rubén Darío) tenía expresiones literarias muy flojas. Para 1910 sus mejores representantes en la poesía eran José Félix Fuenmayor, Miguel Rasch Isla y Leopoldo de la Rosa.

Había otras manifestaciones artísticas del modernismo, tal vez no muy conscientes, como los cuadros de Francisco Valiente que con el tema de la Judith que mata a Holofernes se unía al tema de “las femmes fatales” de moda en el mundo. Pero no hay que hacerse demasiadas ilusiones sobre nuestra unión al ritmo mundial del arte. Tampoco había un mercado para objetos de arte sofisticados. No hay noticia de cuadros de autores reconocidos en la ciudad; lo que predominaba era litografías de ninfas en los rincones de las salas.

Pero más que enfilarse contra “el horizonte gris de los neologismos extravagantes”, como se vituperaba a los modernistas, la preocupación principal de Monseñor Revollo era el carácter laico de la sociedad barranquillera. Ésta se manifestaba en la poca asistencia a las iglesias (de hecho había pocas con relación a otras ciudades de su misma población. Es muy dicente el dato que hasta 1877 había solamente dos: una iglesia en ruinas, San Nicolás, y otra cerrada, San Roque). Se manifestaba así mismo en la abundancia de uniones libres y la frecuencia de matrimonios civiles mientras estuvo vigente ese régimen, cuya proporción fue mayor a la media nacional. “Las cifras abultadas son significativas en esta ritualidad civil debido probablemente a la actitud de acomodo por quienes lo utilizaron dentro de un escenario político, jurídico y social inestable, también por los extranjeros como libaneses, hebreos y demás que, casándose de acuerdo con el rito de sus creencias religiosas, contraían el problemático matrimonio civil para dar validez a su relación”, nos dice Dalí Miranda S.<sup>15</sup>

El hecho de no ser Barranquilla sede episcopal (dependía de la diócesis de Cartagena) y la fuerte presencia extranjera debilitaba el poder de la Iglesia y, por ende, la censura eclesiástica sobre las publicaciones.

Todos estos factores fueron decisivos para el nacimiento de *Voces*. Sin ellos hubiera sido difícil que la revista se convirtiera en realidad. Pero no nos engañemos, hubo un factor de mucha importancia y que nos llegó en forma gratuita: la presencia de un joven catalán que huía de las rencillas del mundillo literario de Barcelona, de nombre Ramón Vinyes.

## VINYES ENTRE NOSOTROS

La llegada de Vinyes a Barranquilla se produjo en 1914. Tenía un año de estar en el país. Su primer domicilio fue en Ciénaga, adonde llegó contratado como contador de una empresa bananera. Según el dato poético que nos dio Germán Vargas, el escritor, en un momento de crisis y decidido a irse al fin del mundo (lo que quería decir Sidney o Barranquilla, las dos opciones que se le presentaron), puso a girar un globo terráqueo y el azar determinó que el dedo se posara sobre esta última ciudad.

Para el investigador francés Jacques Gilard, Vinyes estaba bajo el trauma nacional de la semana trágica de Barcelona y empezaba a padecer las consecuencias de la derrota del modernismo catalán frente a la nueva generación, más prudente y burguesa, del “novecentismo”. Según Gilard, este viaje representaba una ruptura con la patria y un voluntario destierro en vida.<sup>16</sup>

Vinyes llegó a Ciénaga en 1913. El anecdotario que daba el mismo Germán Vargas refería que cualquier noche al releer la *Divina Comedia* Vinyes decidió reconciliarse con la literatura e irse a vivir a Barranquilla. En esta decisión también influyeron los consejos de su amigo y poeta Gregorio Castañeda Aragón.

“Se marchó porque estaba hasta las narices de las envidias en los círculos literarios”, aclaró en una entrevista su hermano Joseph medio siglo después de su muerte. Y añadió: “Los Vinyes siempre hemos sido conservadores, nunca ha habido revolucionarios ni tampoco comunistas. Liberales lo hemos sido todos. Aunque nuestro padre era carlista y nuestra madre una beata.”<sup>17</sup> Este personaje complejo es el que se instala entre nosotros.

Enrique Restrepo es otro de los nombres fundamentales en la creación de *Voces*. Hay pocos datos sobre él. Antioqueño, autodidacta, en la primera década del siglo trabajaba como contabilista en una empresa de libaneses. Tenía, según la pluma grá-

fica del caricaturista Rendón, ojos diminutos, achinados, y labios que parecían una línea sobre el horizonte de su rostro. No es fácil encontrar escritos de su autoría en los periódicos de la época, pero se sabe que era muy considerado en el mundo literario. Después de *Voces*, Restrepo se domicilió en Bogotá, en la que tuvo un almacén de sombreros. En 1925 publicó *El tonel de Diógenes (Manual del cínico perfecto)* y en 1938 *Con razón o sin ella*, libros en los que se nota la lectura atenta de Nietzsche y Bergson.

Enrique Restrepo en una entrevista concedida al suplemento dominical de *El Tiempo* dio la siguiente relación de la fundación de *Voces*:

*En Barranquilla vivía yo en una casita pajiza adonde concurrían por la noche varios aficionados a la lectura. Comentábamos libros que caían en nuestras manos, cambiábamos ideas en general. Asistían a nuestras tertulias Gonzalo Carbonell, lleno de fuego, de nobleza y de entusiasmo; Julio Enrique Blanco, estudioso de poesía de todos los tiempos, poseedor de una pasmosa erudición; Antonio M. Castaño, el espíritu más sutil e irónico que haya conocido; Roberto Castillejo, cuya única ocupación era la lectura; también nos visitaba Hipólito Pereyra, cuyas costumbres y actitudes, aunque eran inofensivas y honestas, constituían el escándalo de la ciudad. Hipólito jamás soñó con ser literato; la literatura fue para él otra pose de que se valió para espantar a los burgueses, cosa que constituyó su sport predilecto y a lo cual era capaz de sacrificárselo todo. [...] En una ocasión descubrí yo detrás del mostrador de una librería a un joven de presencia atractiva y de mirada inteligente que con formalidad recomendaba a sus compradores las obras de didáctica elemental o la de los autores sicalípticos españoles. Me pareció adivinar cierto sarcasmo en el fondo de estas recomendaciones que los parroquianos tomaban como sinceras. Mis sospechas se confirmaron cuando le oí elogiar con una propiedad extraordinaria las obras de un autor que claramente él no había leído. "Este es otro guasón" pensé para mis adentros y asumiendo una actitud de parroquiano que quiere informarse, y por el solo placer de oírlo, solicité su concepto o apreciación de una obra que yo conocía, creo que fue algo de Leopardi, y lo hice hablar exten-*



María L. Salazar,  
esposa de Ramón Vinyes (1922).

*samente. Aumentó mi sorpresa cuando vi que no sólo sabía sino que sabía mucho y a fondo. Seguí luego averiguando por otros libros de autores clásicos y modernos, que no existían en sus estantes y quedé maravillado de la cultura que pude adivinar en el guasón de antes. Llamé la atención de mis amigos del cenáculo (así llamábamos nuestras reuniones nocturnas) y en adelante frecuentábamos al librero, todos con el pretexto de comprar un libro. Al poco tiempo habíamos ligado con él una franca amistad. Ese librero no era otro que el poeta Ramón Vinyes, venido de Cataluña a consecuencia, creo, de una equivocación. [...] Ramón fue para nosotros el agente de la tentación y el estímulo. A él debo haber cometido el pecado de escribir para el público o al menos publicar, pues entre nosotros*

*no faltaban quienes fuesen ya escritores vergonzantes. Ramón fue el animador. Concurrió a nuestras tertulias. Se discutieron acaloradamente teorías literarias, estéticas y filosóficas. [...] En ocasiones nos sorprendió la madrugada en alguna controversia relativa a la irrealidad metafísica del tiempo. Y una vez, cuando menos lo pensábamos, vimos que entre Ramón y Julio Gómez de Castro se urdía la publicación de una revista decenal en que todos nos hallábamos complicados.*

*Gómez de Castro, acendrado, reflexivo, estudioso, asumió la responsabilidad de ser su director. A él no se le ocultaba que se hacía cargo de un conato revolucionario de ideas inofensivas. Así nació la revista "Voces", que vivió luego agonizando por espacio de sesenta números. La edición fue siempre feísima, execrable, pero el contenido la animaron siempre el entusiasmo y apasionamiento juveniles. La revista fue bien acogida, especialmente fuera del país. Nos enviaron colaboración algunos buenos españoles de habla española, entre otros que recuerde, Eugenio D'Ors y don Manuel García Morente. Tuvo sus crisis pecuniarias forzadísimas, y en una de ellas la tomó por su cuenta Hipólito Pereyra, que había adquirido una imprenta, convirtiéndose en su director-editor.<sup>18</sup>*

## PASIÓN Y MUERTE DE VOCES

En un ensayo sobre la narrativa latinoamericana, el crítico uruguayo Ángel Rama decía textualmente:

“Los nuevos” es una consigna suficiente explícita a pesar de su evidente vaguedad... Esa palabra “nuevo” es la que con mayor frecuencia escribe uno de los personajes mitológicos de la literatura latinoamericana, ese Ramón Vinyes que a partir de 1917 da a conocer en una revista provinciana (*Voces*, publicada en la ciudad de Barranquilla, que para la fecha era el último rincón del planeta) las audacias de Dormée y Reverdy, el *Traité du Narcisse* de André Gide, La obra de Chesterton, dando muestras de esa fabulosa erudición de la modernidad europea que explica que uno de sus nietos intelectuales, Gabriel García Márquez, lo haya trasmutado en un personaje de novela: “el Sabio catalán”, el hombre que había leído todos los libros de los Cien años de Soledad.<sup>19</sup>

Anterior a algunas revistas como *Martín Fierro* (Buenos Aires, 1924-27), *Amauta* (Lima, 1926-30), *Revista de Avance* (La Habana, 1927-30), *Revista de Antropofagia* (Sao Paulo, 1928-29), *Contemporáneos* (México, 1928-31) y *Mandrágora* (Santiago de Chile, 1938-43), que son puntos de referencia obligada cuando se habla del proceso literario de esos países, en Colombia en esa década no hay nada parecido a *Voces* en el resto de país. Ni *Universidad* (1921-22 y 1927-28), *El Nuevo Tiempo* y *Cultura* en Bogotá, ni *Panida* en Medellín alcanzaron la dimensión literaria de esta revista. Entre otras cosas, porque como dice Álvaro Medina:

[...] las publicaciones colombianas se mantenían por “refritos” y que su vida editorial excepto por los colaboradores nacionales, dependía en buena parte de lo ya publicado por sus colegas extranjeros. *Voces* es la excepción en ese sentido. Y es la excepción porque como ocurría en Mito década después recurre a las traducciones. Pero a traducciones de primera mano que Vinyes realizaba de los más diversos idiomas. El resultado fue una revista internacional con un contenido que le ofrecía a los lectores de habla hispana materia que jamás habían leído en su propia lengua.<sup>20</sup>

Así fue pues como se tradujeron por primera vez al castellano textos de Gide, Aloysius Bertrand, Gilbert K. Chesterton, Jacques Riviere, Federico Hebbel, Lafcadio Hearn, Hugo von Hoffmannsthal, R.B. Cunninghame Graham, Guillaume Apollinaire y otros de igual importancia.

¿Cómo una revista editada en un pueblo ubicado en el “último rincón del planeta”, para repetir la frase de Ángel Rama, se sitúa a la vanguardia de todas las publicaciones de su género en el continente?

Con esa gran sabiduría que encierran los lugares comunes, a *Voces* siempre se le conoció como “la revista de Vinyes”. Los dos directores que aparecieron sucesivamente en sus sesenta números, Julio Gómez de Castro e Hipólito Pereyra, seudónimo de Héctor Parías, eran sólo los mascarones de proa, ya que por su condición de extranjero Vinyes tenía limitaciones para aparecer como director.

Así pues, Vinyes, alma y voluntad de la publicación, es quien la hizo posible. No sólo tradujo y escribió, sino que además *Voces* recibió colaboraciones que de no haber estado él de por medio ello no hubiera sido posible. Un rasgo distintivo de la revista es el elevado número de colaboraciones de escritores catalanes y alusiones a la literatura catalana. Entre otros podemos citar a José María López Picó, Carlos Riba, Eugenio D’Ors, Alfonso Maseras y Pablo Vila. Como dice Jaques Gilard:

*En materia de curiosidad e información, Madrid quedaba a la zaga de Barcelona. En Cataluña se daba una contemporaneidad que la cabeza de España aún desconocía en gran parte*<sup>21</sup>

La presencia de los latinoamericanos (Valdelomar, Eguren, peruanos; Pellicer, Tablada, mejicanos; Zaldumbide, ecuatoriano; Huidobro y Mistral, chilenos, y Rodó, uruguayo) no era tan frecuente en las otras revistas del país.

En *Voces* se encuentran colaboraciones de autores nacionales como Germán Pardo García, Tomás Rueda Vargas, León de Greiff, Efe Gómez, y del litoral atlántico Luis Carlos López, José Félix Fuenmayor, Gregorio Castañeda Aragón y Víctor Manuel García Herreros, entre los más destacados. Y claro, no podían faltar las colaboraciones de Julio Gómez de Castro y Héctor Parías, que no alcanzaban el nivel estético de las otras.

De los pocos cuentos publicados en *Voces*, se encuentra *Animula Vagula*, del escritor y aventurero escocés R. B. Cunninghame Graham, traducido de *The English Review* y publicado en 1918. Para la misma época este escritor estaba por los lados de Cartagena y el Sinú. No hay ningún indicio de un encuentro entre el escocés y el catalán Vinyes.

Un repaso a los números de *Voces* muestra lo determinante de la presencia de Vinyes. Es el quien le da el tono y orientación a la revista.

Así, se encuentra la nota maliciosa, o la que



intriga, con un sabor que no era lo frecuente por esas fechas en que la solemnidad o el oropel modernista todavía campeaba.

Voces alcanzó a publicar sesenta números, y el último apareció el 30 de abril de 1920.

Su muerte, como la de casi todas las revistas culturales, se debió a la asfixia económica. No recibió “pulpitazos”, como por ejemplo *Panida* en Medellín, a quien el órgano de la curia —*La Familia Cristiana*— prohibió leer bajo pena de incurrir en pecado. Aquí, a pesar de su poder, el clero tenía una presencia más discreta, y además había una población flotante, con mucho extranjero, que le obligaba a ser más permisivo.

Pero aun así, los malquerientes de *Voces* abundaron. No le ayudaba a granjearse simpatías la actitud retadora que animaba desde el epígrafe de su portada: “*Los espíritus mediocres condenan generalmente todo lo que está fuera de su alcance*”, máxima de Rochefoucauld. O sea que la revista cumplía el papel de ser: “*La mala conciencia, el irreverente ante las convenciones que las sociedades constantemente tienden a sacrificar.*”<sup>22</sup>

Fue pues inevitable que la publicación desatara reacciones negativas cuando tocaba temas vidriosos o golpeaba a los intocables. *El Derecho*, periódico local, se quejaba:

*Voces que ayer nos neutralizó a Núñez, nuestra gloria poética, nos neutraliza hoy a Gómez Restrepo, nuestro gran crítico. Entre la necesidad espiritual de leer a Voces y el miedo de que nos arrebatte una gloria nacional, nos sucede, a cada nueva entrega, lo mismo que cuando sentimos la necesidad del remedio y le tememos al médico algún diagnóstico fatal.*<sup>23</sup>

Esto fue escrito a los pocos números de haber salido *Voces* y cuando todavía el público se preguntaba quién era el irónico autor contra la poesía de Núñez y que firmaba con el seudónimo de Garci-Ordóñez de Barbarán.

Más adelante y ya en su segundo año de vida, Hipólito Pereyra publicó un artículo muy esclarecedor, en el que afirma, entre otras cosas, lo siguiente:

*Oye, Hipólito Pereyra, me dice un distinguido escritor —oye, ¿quieres que te tenga un elogio? En Voces sólo se entiende lo que tú escribes...*<sup>24</sup>

Y más adelante continúa diciendo Pereyra:

*Voces —dice la Curia— perdóneseme la cobardía que me embarga y que me impide consignar el adjetivo calificador: «No manden más la Revista».*<sup>25</sup>

Como en la actualidad es imposible reconstruir el anecdotario de la publicación, pues ya no hay testigos presenciales, sólo se pueden inferir las dificultades que tuvo la revista para sobrevivir de la lectura de los mismos textos o por algunos otros indicios. Por ejemplo, el número doble 49-50, a cargo de Hipólito Pereyra (la ausencia de Vinyes es diciente), es insólito, por decir lo menos. Lo encabeza un retrato a toda página del general Eparquío González, en ese momento presidente de la Asamblea del Atlántico. Además del retrato hay un artículo ditirámico del mismo Hipólito Pereyra acerca de aquél, y peor aun, versos patrióticos del general. He aquí una muestra:

*Oh poderoso mar. Oh mar Atlante  
permíteme que en tus aguas dilate la mirada,  
busco esa historia que contigo vive,  
le escucho entre tus voces de Júpiter tonante...*

De hecho, era una llamada de auxilio. El editorial quejumbroso decía:

*Nuestra política fue la de la puerta abierta, pues siempre tuvimos la de nuestra revista abierta de par en par para recibir con los brazos abiertos a todos los intelectuales que quisieran llegarse a nuestra casa. Llegaron muy pocos, la mayoría se mostró reacia...*

Conociendo lo selectivo que era Vinyes, hay que dudar sobre “la puerta abierta”, pero de todas maneras hubo un intento de reconciliarse con parte de la “intelligentzia” local que había quedado por fuera. No les valió. Tres años más tarde, el mismo general González, al ser nombrado gobernador y en una historia turbia, extrañó del país a Ramón Vinyes tildándole de “extranjero indeseable.”

Pero los peligros no sólo provenían del poder político sino también del mismo medio social, tan estrecho, que obligaba a Julio Enrique Blanco a negar la autoría de sus artículos filosóficos a sus corresponsales comerciales, porque eso podía restarle compradores a sus productos farmacéuticos.

A todo esto hay que sumarle la insolidaridad gremial, que la misma revista denunciaba:

Hemos visto desaparecer la notable revista de Medellín "Panida" entre la más completa indiferencia. Hemos visto salir el libro Pensamiento de un viejo de A. González, sin que nadie se ocupara de él. Hemos visto en torno del libro Máscaras de bronce, de Castañeda Aragón, la más marcada indiferencia. Sólo los amigos, y uno que otro crítico, habló del libro. [...] ¿Es egoísmo? ¿Es que nos encontramos incapacitados para dar un comentario original?<sup>26</sup>

Todos esos factores acabaron con la aventura. El posterior incendio de la librería<sup>27</sup> de Vinyes, seguido de su extrañamiento, terminó con las pocas esperanzas de revivir la revista. Ni la efímera *Camínos*, dirigida por Víctor Manuel García Herrerros, ni la comercial *Civilización*, de Adalberto del Castillo, pudieron reemplazarla. Hay que esperar más de dos décadas para que aparezca *Crónica*, un semanario que después aglutinará a los integrantes del llamado "Grupo de Barranquilla", y que constituirá otro hito cultural de la ciudad.

*Voces* no ha sido estudiada con intensidad. Sin embargo, es frecuente encontrar en las pocas aproximaciones al tema el juicio de ser una publicación que no tenía una real correspondencia con el medio que la producía. El crítico Ernesto Volkening dice en forma rotunda:

*Más ahí, precisamente, está el busilis: por sus mismas excepcionales cualidades y virtudes, unos textos como los de Vinyes o, por citar un tercer ejemplo no menos dicente, los estudios filosóficos del barranquillero Julio Enrique Blanco sobre Kant y Herbart, se ven un tanto exóticos... Dicho sea sin ambages: se nota cierto desequilibrio entre el cosmopolitismo, casi se dijera la posición de vanguardia, que bajo las alas de tan rara ave literaria mantiene una minoría selecta de intelectuales y la provincialidad apacible y gratamente vegetativa del ambiente en que viven, piensan, escriben, platican...*<sup>28</sup>

Y más adelante nos dice el mismo crítico colocando el dedo en algo que podría ser tema de muchos y encontrados puntos de vista:

*...en aras de su universalidad "Voces" ha sacrificado el colorido local, el rasgo inconfundible que nos revele su ubicación en un puerto del Caribe reverberante de luz y sumido en el lúbrico calor del Mediodía.*<sup>29</sup>

Que la revista continuaría juzgada como "exóti-

ca" en el futuro, lo intuyó el mismo Enrique Restrepo, que tal vez por eso escribió premonitoriamente en el último número:

*La cultura como "flor extrema" de toda civilización es un lujo, lugar común, pero no por común menos evidente.*<sup>30</sup>

## NOTAS

<sup>1</sup> CANÉ, Miguel, *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia*. Bogotá, Colcultura, 1992. Biblioteca V Centenario.

<sup>2</sup> REVOLLO, Pedro María, "Reminiscencia". En *Mejoras*, Vol. 3, N° 28. Barranquilla, septiembre de 1935, p. 92.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> SOLANO, Sergio, Política e intelectuales en el Caribe colombiano durante la Regeneración (1886 - 1899). En *Memorias del IV seminario internacional de estudios del Caribe*. Barranquilla, Universidad del Atlántico, 1999.

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Madrid, Espasa-Calpe, 1987, tomo 31, p. 176.

<sup>7</sup> LÓPEZ, Luis C.; LÓPEZ-PENHA, Abraham Z. y CERVERA, Manuel, *Varios a varoios*. Madrid, Pueyo, 1910.

<sup>8</sup> *Colección de clásicos costeños*. Barranquilla, Editorial Efemérides, 1995, p. 1-51.

<sup>9</sup> *El Rigoletto*, Barranquilla, 11 de septiembre, 1902.

<sup>10</sup> NICHOLS, Theodore E., *Tres puertos de Colombia*. Bogotá, Banco Popular, 1973.

<sup>10a</sup> En el censo de 1918, entre los 135.797 habitantes del departamento del Atlántico se contaban de 51.300 alfabetos y 75.406 analfabetos.

<sup>11</sup> PARDEY, Carlos M., La estada de Barba-Jacob en Barranquilla. *El Heraldito*, 19 de abril de 1976.

<sup>12</sup> CONDE CALDERÓN, Jorge, "El Estandarte", insignia y opinión de un proyecto católico en el Caribe colombiano. En *Historia Caribe*, Vol. 1, N° 2, 1996.

<sup>13</sup> *EL Misionero*, año 1, N° 5. Barranquilla, 9 de junio de 1993.

<sup>14</sup> GÓMEZ OLACIREGUI, Aureliano, *Prensa y periodismo en Barranquilla siglo XX*. Barranquilla, ediciones Lallemand-Abramuck, 1979, p. 12.

<sup>15</sup> MIRANDA, Dalí, Familia, matrimonio y mujer: el discurso de la Iglesia católica en Barranquilla (1863-1930). En *Historia Crítica* N° 23, enero-junio, 2002.

<sup>16</sup> *Selección de textos de Ramón Vinyes*, tomo I, p. 23. Bogotá, Colcultura, 1982. Selección y prólogo de Jacques Gilard.

<sup>17</sup> MARTÍ GÓMEZ, José, Josep Vinyes o el circo de la vida. En el *Magazín Dominical de El Espectador* (sf).

<sup>18</sup> Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, 26 de septiembre de 1926.

<sup>19</sup> RAMA, Ángel, *La novela latinoamericana 1920-1980*. Bogotá, Procultura, 1982.

<sup>20</sup> MEDINA, Álvaro, Don Ramón, el maestro catalán de "Cien Años de Soledad". En revista *Pluma*, N° 31 (nov. de 1975).

<sup>21</sup> GILARD, Jacques, *Voces (1917-1920): un proyecto para Colombia*. En *Huellas*, revista de la Universidad del Norte, N° 31 (abril, 1991).

<sup>22</sup> GARCÍA CANCLINI, Héctor, Cruces, arriagos y deslindes. En el *Magazín Dominical de El Espectador*, N° 447 (17 de noviembre de 1991).

<sup>23</sup> *Voces (1917-1920). Selección de textos*. Germán Vargas (ed.). Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977, p. 12.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>25</sup> *Idem.*

<sup>26</sup> *Voces*, N° 11 (nov., 1917).

<sup>27</sup> En el artículo "Una librería que hizo escuela", publicado en *El Tiempo* (30 agosto de 1987), Javier A. Lara sostiene que el incendio fue debido a unos fumadores descuidados, mientras que Pere Elies i Busquet sostiene que fue a causa de unos petardos lanzados en una manifestación política.

<sup>28</sup> VOLKENING, *Voces* y el silencio del trópico. En *Evocación de una sombra*. Bogotá, Ariel, 1998, p. 158.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 388.

<sup>30</sup> *Voces*, N° 59, abril de 1920.